

Síansucaxie qasquemuê

Aún el agua

JUAN ÁLVAREZ

Planeta, Bogotá, 2019, 174 pp.

EN UNA entrevista publicada en el número 382 de la mítica revista *The Fifth Estate*, Ursula K. Le Guin expresa que su “ficción es experiencial pero no confesional”. Le Guin, una de las mejores autoras de ciencia ficción, buscó alejar su obra de la literatura que “narra al hombre blanco que conquista el universo”. Siguiendo esa línea, en la que la ciencia ficción no se rinde ante aquel impulso “hollywoodesco”, Juan Álvarez escribe *Aún el agua*, una compleja obra literaria que demanda toda la atención del lector por el nutrido entramado biológico de su historia.

Álvarez fue Premio Nacional de Cuento Ciudad de Bogotá en 2005, además de Premio de Ensayo Revista Iberoamericana en 2010. Ha publicado los libros *Nunca te quise dar en la jeta*, *Javier* (Seix Barral, 2015), *La ruidosa marcha de los mudos* (Seix Barral, 2015), *Candidatos muertos* (Planeta Lector, 2016) e *Insulto. Breve historia de la ofensa en Colombia* (Seix Barral, 2018), entre otros. Tiene una maestría en bellas artes del Departamento Bilingüe de Creación Literaria de la Universidad de Texas en El Paso y un doctorado del Departamento de Culturas Latinoamericanas e Ibéricas de la Universidad de Columbia en Nueva York. Actualmente coordina la línea de investigación en escritura creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Aún el agua es un libro que conquista desde su portada. La ilustración, del artista colombiano Juan Gaviria, es una interpretación acertada del panorama que entrega el libro desde su primera página. Un mundo distópico, dividido a la mitad por cataclismos, en el que habitan mujeres biodiseñadas y un algoritmo narrativo inorgánico –algo así como una inteligencia artificial– que se encarga de cuidar la existencia de la vida. Todo atravesado por el agua; su presencia, ausencia y función.

Desde los seis, algunos años antes de alcanzar el privilegio de la levitación, habíamos aprendido aquel

ritual de acercamiento meditado al agua, síansucaxie qasquemuê: olerla plena, tan despacio como nos fuera posible, hasta acompasar nuestras moléculas adormecidas y luego sí honrarnos con su contacto. (p. 17)

Las misiones, acompañadas por lo que solo puedo describir como una escritura molecular, son narradas de tal manera que el lector debe estar atento a cada detalle, pues el lenguaje empleado para contar un mundo que no existe es igual o más complejo que la misma historia. Las bitácoras, los diálogos y ese registro científico, a veces infantil, de quienes se pasean por un mundo desconocido ayudan a que la lectura fluya con un ritmo bastante generoso, a pesar de que por momentos se frene abruptamente.

Tres cuartas partes de la masa continental de la Tierra fueron devoradas por la Tierra misma. Una succión desde la mayor de las entrañas. Un pliegue ínfimo y colosal en este conglomerado molecular del cosmos. (p. 26)

Álvarez demuestra lo versátil que puede llegar a ser su universo literario. Su amplio abanico narrativo se pasea desde 1808, en *La ruidosa marcha de los mudos*, hasta el año 2233, en *Aún el agua*. Este libro presenta una ficción experimental en la que también se disecciona la anatomía de una manera original. Un recorrido que no solo abarca lo que es el planeta Tierra en el momento en que ocurre la historia, sino también cómo la vida se ha adaptado y qué cambios trae consigo esta suerte de evolución.

La masa se derrama, lenta, sobre su rostro, delineando su cuello, abriéndose en los hombros, cubriendo su morral de exploración, expandiéndose agitada mientras crece y toma fuerza y suena y sopla y se reclama tornado y la envuelve entera hasta los talones, cuando se distancia y eleva, y todo se aligera, mientras TH parece desaparecer adentro como moléculas que se reconocen a sí mismas. (pp. 92-93)

No es sencillo imaginar lo que Álvarez describe en las 174 páginas del libro. Sin embargo, en el momento en que el lenguaje y las descripciones logran traspasar el papel, es imposible

dejar de proyectar a las protagonistas de la misión y ese mundo distópico plagado de destrucción y ruinas. Como en una obra de Zdzisław Beksiński, los escombros de un mundo que todavía no llega a su fin se presentan de manera surrealista:

Es la muerte de la arquitectura. Somos la era del reciclaje extremo. (p. 21)

No es un libro que se explique a sí mismo. La narración no camina sobre sus pasos para concluir datos enunciados o enigmas sugeridos. Por el contrario, la escritura avanza constantemente y deja puertas abiertas que el lector no se debe empeñar en cerrar para seguir con la arquitectura del relato. No es un libro en el que la página cumpla la función de ida y venida, sino más bien una carrera unidireccional; similar a la literatura de Álvarez.

Pido espacio al aire, cierro los ojos, visualizo la ruta en mi mente, las percibo a ellas disponiéndose, empiezo los sonidos gua ua ua para declarar ante la montaña nuestra intención de acercarnos a sus nidos de agua, y agarro a trotar en zancadas lentas que me permiten esquivar las primeras ramas luminosas del bosque. Mientras asciendo pienso: en qué mierda de problema nos estamos metiendo. (pp. 49-50)

Aún el agua llega en un momento histórico en el mundo. Pues, a pesar de que los bordes entre este relato de ciencia ficción y la realidad siguen estando bastante separados, el Chicago Mercantile Exchange (CME Group) anunció, en diciembre de 2020, que el agua había comenzado a cotizarse en el mercado de futuros de materias primas, debido a su escasez. Una realidad actual en que la ciencia ficción de Álvarez y el mundo convergen en una sola cita del libro: “Habitar la tierra es alterarla” (p. 79).

Nicolás Rocha Cortés